

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VII

Mahón 3 de Septiembre de 1931

Núm. 436

LOS NIÑOS ABANDONADOS

Mas de una vez han llamado poderosamente nuestra atención esos pobres niños que constantemente vemos vagar por calles y plazas, expuestos a todas las inclemencias del cielo y a todos los peligros de la tierra. Mas de una vez hemos meditado sobre la suerte que aguarda a esos infelices seres, y al calcular hasta donde puede conducirles el abandono en que se les deja en los primeros albores de su existencia, nuestro corazón se ha horrorizado de espanto y nuestra cara se ha enrojecido de vergüenza. Esos desgraciados, que a no cortar el hilo de su misera vida alguno de los mil peligros por que continuamente atraviesan, formarán una no pequeña parte de la sociedad de mañana, merecen que los hombres pensadores, los que se ocupan de interés palpante, fijen en ellos su vida y estudien medios suficientes para apartarles del abismo sin fondo a que insensiblemente se precipitan.

La indiferencia de algunos padres; la escasez de recursos o la imposibilidad en que quizá se encuentra algún niño, son fuentes abundantes de donde brota el mal que lamentamos; mal que si no procuramos impedir siga avanzando en su desarrollo; ha de dar indefectiblemente por resultado aumentar la ignorancia, el fanatismo y el vicio, y llenar nuestras cárceles y presidios en un día no muy lejano.

Cuestión es esta que preocupa gravemente a cuantos se interesan por el mejoramiento de las costumbres. Es indudable que de no educar hoy a esos niños, mañana cuando la sociedad les reconvenga por la falta de cumplimiento de aquellos deberes, que ella, en defecto de sus padres, ha debido enseñarles, será forzoso castigar severamente a seres ignorantes y desgraciados, que habrán cometido crímenes quizá sin conciencia de ello.

En otras naciones, donde la educación popular se mira con el más vivísimo interés; donde todo cede ante la importancia de este primero y principal elemento de la felicidad pública, han tenido en cuenta que, «lanzar a un hijo sin educación en medio del mundo, además del daño que se le causa, es hacer un agravio al resto de la humanidad».

A más del perfecto derecho que, tanto como al alimento del cuerpo, tiene el niño, a la instrucción, que es alimento de la inteligencia, existe también el que asiste a la sociedad para exigir que todos sus individuos sean educados; y de no hacerlo así, de dejar sin instrucción a un gran número de criaturas imposibilitadas de alcanzarla por alguno de los obstáculos que a ello se le supone y que antes hemos mencionado, no se puede esperar que cuando lleguen a hombres cumplan sus deberes como es de desear, y hay que resignarse a que las sociedades venideras nos arrojen a la faz nuestro egoísmo o indiferencia.

Si queremos evitar estos males: si aspiramos a que mañana no se maldiga nuestro recuerdo, ocupemos nuestra actividad en separar a tantos desgraciados de la orilla de ese mar de desventuras a que sin pensarlo se acercan, y que en asqueroso y revuelto oleaje amenaza envolverlos. Tendamos una mano bienhechora a esos pobres niños; pensemos que si ahora pasan una triste infancia llena de privaciones y peligros, después en la edad madura, cuando sus dormidas inteligencias hayan despertado a la vida, no en virtud de la cultura de que carecen y que ha debido proporcionárseles, a su mismo infortunio, no tendrán más que reconvencciones para los que en el mundo les han precedido y solo les han dejado expedito el sendero que conduce al crimen y a la degradación.

Hora es ya de que la caridad oficial venga en ayuda de la particular y protejan escuelas y asilos benéficos donde los niños abandonados por la falta, la incuria o la imposibilidad de sus familias, encuentren abrigo y alimento para sus débiles cuerpos y educación e instrucción para sus tiernas inteligencias. ¡Quién sabe si entre esos niños que al salir de los teatros vemos guarnecidos en el dintel del oscuro portal helando con el frío que enerva sus entumecidos miembros el alma del que los mira, habrá alguno que, a ser educado, pudiera dar más tarde días de gloria a su patria! Pensemos en esto con interés, y extendamos sobre ellos el hermoso manto de la caridad.

En nombre, pues, de la caridad; en nombre de vuestros hijos, a quienes un acontecimiento imprevisto pudiera quizá sumir en tan lamentable estado, pedimos una mirada de compasión para esos ángeles, que, si ahora educamos, nos deberán después todo el bienestar de que disfruten. Por ello nos dará también su agradecimiento la sociedad futura, puesto que por este medio contribuiremos a su moral engrandecimiento, toda vez que difundiendo la luz se afianza sólidamente el orden general. Kay lo ha dicho en pocas palabras: «Tenemos que formar al hombre».

JUAN VIDAL LLODRA

CUENTO INFANTIL

Celia en el Paraíso

El coche corría, corría por caminos llenos de rosas, y Coralinda se iba poniendo muy contenta.

—¿Sabes?—me dijo, callandito—. Esta es mi tierra, y aquí está mi casa, y mi papá y mi mamá son los reyes...

—¡Huy, qué cosas!

—Sí, sí; verás. Y era una niña muy mala, de esas que no se quieren acostar por la noche. Mi mamá decía: Niña a dormir, que es muy tarde; y yo: «No, mamá; déjame jugar otro ratito en el jardín». Una noche de luna le estaba contando un cuento a mi perrito, que se llama «Pimpón»...

—¿Tú le cuentas cuentos a tu perro?

—Sí... otras veces me los cuenta él a mí.

—¿Habla?

—Sí... aquí todos hablan. Bueno, pues verás.

En esto oímos la corneta de monsieur Polichant,

que sonaba desde la plaza, y, sin que mamá lo notara, nos fuimos por la calle abajo hasta la esquina... Allí me quedé embobada hasta que se acabó la función. Vi cómo recogían los trapezíos; y el coche, con todos los titiriteros dentro, echó a andar por la calle donde yo estaba. Quise correr, me alcanzaron, monsieur Polichant sacó un brazo fuera de la ventana, me cogió por los vestidos y me metió dentro de la roulotte...

—¿Y «Pimpón»? —Se quedó ladrando; insultó a monsieur y, aunque corrió mucho detrás del coche, no nos pudo alcanzar...

¡Qué historia! Todo eso que me contó Coralinda lo había yo leído en alguna parte... Me parece que en un libro francés que me regaló papá...

Entre tanto, el coche corría por el Paraíso. Todo el campo estaba lleno de flores y de animalitos que hablaban. Y, al final del camino, había una ciudad con torres redondas, que era el pueblo de Coralinda.

De pronto, el coche se paró porque se le habían enganchado una familia de monos, que lloraban a gritos y llamaban a su papá.

Su papá era nuestro mono «Carachupa», que chillaba dentro desesperado.

—¡No le dejéis escapar!—gritó monsieur.

Pero «Carachupa» nos mordió a todos los que le cogíamos y se fue por la ventana. Después corrió por el monte arriba con todos sus hijitos de la mano. Ni siquiera nos dijo adiós.

¡Me alegré! Monsieur Polichant era un picaro que robaba a los niños, y a las sirenas, y a los animales...

Corríamos hacia la ciudad de las torres, porque el camino se iba estrechando y ya no podíamos volver atrás; pero bien rabioso iba monsieur...

—¿Dónde diablos nos hemos metido?—decía.

Un jabalí, que salió de una cueva, nos mandó parar porque tenía dolor de muelas.

—¡Vaya un motivo! Pues que se las saque...

Y se tumbó en medio del camino, dando gritos.

Entre todos le abrimos la boca para sacarle lá muela con las tenazas de arrancar clavos.

—¡No quiero, no quiero!—decía—. ¡No quiero que me la saquen, que me va a doler mucho...

—¡No chilles, tonto! En vez de sacarte la muela te sacaremos un diente y te dolerá menos...

Así lo hicimos y, al fin se calló y nos dejó pasar, porque le atamos un puñuelo al hocico y le ayudamos a meterse en su cueva...

La ciudad de las torres cada vez estaba más cerca, pero no acabábamos de llegar a ella. Y era por los dichosos animalitos del Paraíso, que de todas partes nos llamaban, y se cruzaban en el camino, sin dejarnos andar...

Ya cerca del pueblo nos encontramos una gata, que volvía de caza. Llevaba un morral lleno de ratones.

—¡Adiós, Suzette!—gritó.

—¡Es mi gata!—dijo Coralinda—. Y me ha conocido...

Pero monsieur se enfadó mucho, y dijo que estaba harto de que se le escaparan los artistas de la compañía, y que a Coralinda no había de dejarla escapar...

Entonces, con las cuerdas de los columpios, la ató a la lámpara del techo para que no se pudiera ir.

—No illores, Coralinda—le dije, callandito—. Yo buscaré a tu papá y a tu mamá y les diré que estás aquí...

—Monsieur gritaba:

—¡A cerrar las ventanas y a callar todo el mundo mientras cruzamos la ciudad! ¡Al que me desobedezca le retuerzo el pescuezo...!

Nos llamamos todos...; pero de repente se paró la «roulotte» y ya no oí más, porque se había estropeado el motor...

—Bueno; pues aquí nos estaremos hasta la noche sin abrir las ventanas ni salir nadie...

Todos se durmieron; pero yo me aburría y me puse a silbar.

—¿Te quieres callar?

No me callé, porque lo que yo quería era que

me dejaran salir fuera del coche... Tenía que buscar a los padres de Coralinda...

Monsieur se ponía desesperado de oírme...

Cuando me cansé de silbar me senté en una silla coja, que solo tenía tres patas en el suelo, y daba gusto acunarse, «Tic, tac, tic tac...», y así siempre.

—¿Te quieres estar quieta?—gritaban todos, Y yo, «tic, tac, tic, tac». Hasta que se hartaron y le pidieron a monsieur que me dejara salir fuera un rato, por que si no eran capaces de matarme...

—¡Que salga con dos mil demonios!

Salí sola, y ni siquiera un demonio salió conmigo.

Me encontré en una plaza de casas doradas, con torres redondas y ventanas de colores. No había nadie. Todos estaban dentro de las casas.

Andando por una calle de cristal vi a «Pimpón», el perro de Coralinda, y él me acompañó hasta el palacio del rey.

El palacio era una casa con la torre más alta que un campanario, y con dos leones sentados en la puerta.

—¡Qué queréis?—gruñeron—poniéndose de pie.

¡Huy, qué miedo! Iba a escapar a correr, pero no me dejaron; y tuve que contarles que Coralinda estaba en el coche de los titiriteros, y que Coralinda era la hija del rey.

En cuanto me oyeron se pusieron a correr, y a chillar, y a dar saltos. Después se metieron en el palacio y salieron con muchos soldados vestidos de verde, que corrieron hacia la plaza. Luego salió el rey en un palanquin, dándose aire con un abanico.

Dé mí nadie hizo caso, y me fui detrás de todos a ver lo que pasaba.

Llamaron al coche, abrió monsieur entraron los soldados y sacaron a Coralinda. ¡Cómo la abrazó su papá.

Luego un soldado se puso al volante y se llevó el coche, con todos los de dentro, a la cárcel...

Y corrí, corrí detras. La cigüeña se asomó a la ventana...

—¡«Cullculá», no me dejes sola!

Y saltó de un vuelo a mi lado. Andando, andando, salimos a los jardines del Paraíso, y todos los leones y los tigres vinieron a recibirnos.

ELENA FORTUÑ

A los nietos, la abuelita, los tenía quietos y callados, con unos inocentes cuentecillos

Y EL CANTO DIURNO DE LOS GRILLOS FUÉ AQUELLO EL TEMA

No le falta nunca a la abuelita, mientras le gaba la hora de cenar, tener a su alrededor a los nietos. Parecía que el a, con sus cuentos y episodios, les daba una golosina. Y se mantenían, quietos pacíficos, sin alborotar ni armar escándalo en la casa.

Todas las noches, ya era sabido. El cuento de la abuelita. Y la viejecita gozaba indefinidamente viendo a los pequeños, con cuan poca cosa se les podía sujetar.

¿Qué iba a contar o referir aquella noche? La misma abuelita no lo sabía. Tan agotado estaba el tema. Y había que decirles algo, para distraerlos, para tenerlos quietecitos.

Fué la pequeña Mary, tan mona y tan traviesa la que se encargó de darle tema a la abuelita. Y le preguntó:

—¿Por qué los grillos no cantan ahora de noche?

—Vaya unas preguntas. Parece mentira. Tu estás tonta. ¿Mira que decir por qué no cantan los grillos de noche?—agruyó Carlitos cogiendo a su hermana por la espalda e intentando separarla de la anciana.

—No, no la quites, Carlitos. Tu hermana ha dicho una verdad. No se ha equivocado. Los grillos, ahora no cantan de noche.

—¿Y es posible eso, abuela?—replicó Rafael.

—Sí, hijos míos. Los grillos, han cambiado de opinión. Piensan de otra manera y se les ha ocurrido cantar de día, a pleno sol, con la luz. Ya se han hartado de entonar su música en los crepúsculos y en la oscuridad.

—¿Entonces los grillos se han vuelto modernistas? ¿No es eso?—insistió Carlitos.

—Es el progreso. Los avances de los adelantos. Ellos también sienten la necesidad de variar, de cambiar. Ya no les gusta el tomate. Han mejorado de gustos. Prefieren el queso. Y naturalmente como se han espabilado son más exigentes.

—¿Como que hasta piden la radio—comentó Isabelita.

—Sí, señora. Piden la radio. ¿No comprendéis que necesitan aprender cantos nuevos? y con la radio, se enseñan ellos las canciones populares y alguna que otra ópera.

Entonces el grillo nuestro es Fleta. ¡Porque, hay que ver que manera de cantar por las mañanas, cuando despertamos!—insistió Isabelita.

—Pero vosotros no os habéis dado cuenta de que el grillo cantó mucho antes de levantarse. Y fue para vosotros el despertador que os avisó la obligación de saltar de la cama.

—Sí, sí. A mí todas las mañanas su canto es el que me pone en pie—dijo Marlanito.

—¿Lo veis siguió la abuelita.—Los grillos con su cambio de táctica han logrado de vosotros algo bueno. El conseguir que os levantéis temprano, que madrugéis y os pongáis a repasar vuestros libros, a estudiar durante las vacaciones para que al llegar las clases vayáis a los colegios con la memoria fresca del estudio. Y veis por donde los grillos nos han proporcionado esta ventaja que para vosotros será siempre un adelanto.

Y con estas pequeñas divagaciones, la abuela lograba mantener la curiosidad de los chiquillos y durante una hora los tenía reunidos, muy serrecitos y escuchando atentamente cuantas ocurrencias le venían a la imaginación.

Por esta vez, la abuelita, sin tema para distraerlos, fueron ellos mismos quienes se encargaron de sacar del apuro a la vieja y por aquel día su misión había quedado terminada.

ORTIZ DE DANIEL

Lo que todos debíamos saber

Aunque el cerebro está en perpetua actividad, no trabaja por entero al propio tiempo. Los dos hemisferios que lo componen alternan en la acción.

En China era antigua costumbre que cuando un banquero se declaraba en quiebra, a todos los empleados y miembros de la administración se les cortaba la cabeza y se arrojaba a un rincón, con los libros y registros de la casa. Con este sistema, durante cinco siglos no se registró en el Celeste Imperio ni una sola suspensión de pagos.

Las pulgas, como los mosquitos, pueden con sus picaduras inocular los bacilos que adquirieron al ingerir la san-

gre de un animal o de una persona enferma.

—El ladrillo de un perro puede oírlo perfectamente un hombre desde un globo a una altura de siete kilómetros.

—Dice una celebridad médica que las personas que llegan a los setenta años sin haber sufrido ninguna enfermedad grave, pueden llegar a los setenta y ocho años de edad.

—Los vestidos de papel no son una novedad, pues en las excavaciones de Pompeya se han encontrado batas de papel impermeables y muy ligeras.

—Anualmente se matan en Africa 70.000 elefantes para aprovechar el marfil de sus colmillos.

—El hielo de Siberia está helado a fines de verano hasta una profundidad de metro y medio, y se han exhumado cadáveres que llevaban un siglo enterrados sin notarse en ellos la menor señal de descomposición.

—Dicen los entusiastas de las cebollas, entre los que se encuentran no pocos médicos, que aplicadas machacadas y en emplasto, curan la ronquera e inflamaciones. Si se aplica el emplasto al pecho, da buenos resultados para combatir la bronquitis y otras dolencias de los pulmones.

—Se conocen 100 modos diferentes de preparar las patatas para comerlas.

Aforismos de un médico práctico

No es dando voces como convenceréis a un delirante, sino accediendo a sus deseos de un minuto para insistir vosotros siempre en lo que le conviene.

El vómito en los niños pequeños es grave únicamente cuando se realiza una hora después de tomar su alimento y devuelven éste sin alteración alguna.

Para curar a los niños no mezcléis las medicinas con sus alimentos, porque os exponéis a que aborrezcan éstos, que son más precisos que aquéllas.

PINOCHO
SEMANARIO INFANTIL

Publica 16 páginas de amena lectura para niños. CUENTOS, HISTORIETAS ILUSTRADAS, CHISTES, PROBLEMAS, PASATIEMPOS, etc., etc., etc.

Precio 0'25 pesetas.

Véndese en Mahón en la Librería de
MANUEL SINTES ROTGER.—Plaza del Príncipe, 17

Las supersticiones rivales de artistas

LA SALIDA CON EL PIE DERECHO MAL AGÜERO

¿Lo creéis? ¿No lo creéis? Ello es cierto y verídico. Ningún otro lugar como los escenarios y los cosos taurinos, inducen a las gentes profesionales de estos artes a sentir tan arraigadas las viejas leyendas de la superstición.

En los cosos taurinos tenemos, más inmediato, el caso del nunca bastante silbado Cagancho. ¿Qué es supersticioso Cagancho? ¿Quién no lo sabrá!

No pongais nunca en su casa un sombrero encima de la cama. ¡Horror! ¡La tragedia! Le anuncia defenderse contra ella. No se os ocurra tampoco, apoyar los brazos, extendidos en señal de cruz, en el dintel de la puerta. Una mala tarde se le presenta.

En los cómicos las supersticiones son de otra índole. Por ejemplo, salir a escena con el pie derecho. La buena estrella, aconseja hacerlo con el izquierdo.

Más de una ruidosa pateadura, algún actor, la atribuyó al descuido de haber salido con el pie derecho a escena, y sin embargo, para el resto de los mortales, la pateadura se justificaba porque el artista lo había hecho muy mal.

Así las cosas, se puede decir que las supersticiones tienen mejor acomodación en las personas de escasa confianza en sí mismas. Aunque también hay hombres muy ilustres que son supersticiosos!

EPITAFIOS CÉLEBRES

Leónidas, con trescientos espartanos; intentó detener, como es sabido, el formidable ejército de Jerjes en las Termópilas, desfiladero de Tesalia que sirvió de tumba al puñado de héroes lacedemonios y de altar de la Patria a Grecia.

Simónides de Ceos, el gran poeta contemporáneo que, con inspiración arrebatadora cantó las victorias de Maratón, de Salamina, de Plata, fué encargado por el pueblo griego de celebrar la abnegada y patriótica hazana, una de las más emocionantes que registra la historia. Simónides escribió una oda a Leónidas y su reducida hueste, composición de la que, desgraciadamente, sólo se conserva una estrofa, y el siguiente epitafio, grandioso en su conmovedora sencillez: «Caminante: ve a decir a los Lacedemonios que estamos aquí enterrados por obediencia a sus leyes».

El atleta y poeta lírico Timocreón de Rodas sentía odio mortal hacia Tenístocles.

Seguramente ignoraríamos que tal poeta hubiera existido a no ser por la fama que le dieron las composiciones que dedicó al vencedor en Sa-

lamina, al que llamaba «embustero, traidor y aborrecido de Latona», echándole en cara que se devorverle a él. Timocreón, «a lallos, su patria», a unos, desterrado a otros y condenado a varios a muerte.

Simónides, el mismo que compuso el epitafio de los héroes de las Termópilas, trazó este otro del maldeciente poeta:

«Yo, que reposo aquí. Timocreón de Rodas, he comido y bebido y he hablado muy mal de los otros».

Esquilo, uno de los más excelsos poetas que ha habido, llamado justamente el padre de la tragedia griega porque la dió vida perdurable con dramáticas obras, de insuperable intensidad parangonarse por la grandiosidad de su concepción con la «Iliada», no tuvo en cuenta, al redactar el epitafio que debían poner en su tumba, sus triunfos de poeta, que inmortalizarían su nombre, o acaso con plena conciencia de su valla, evocó tan sólo sus hazañas guerreras, y su voluntario destierro de la patria.

PRUEBAS DE MAGIA

EL VASO INFERNAL

Un vaso y un plato aparentemente limpios. Se cubre el vaso con el plato herméticamente y al descubrirse otra vez el vaso...

Un humo denso sale, que hace pensar en los poderes misteriosos. ¿Cómo es posible esto? Muy sencillo.

Unas gotas de amoníaco en el plato y otras de ácido clorhídrico en el fondo del vaso. La combinación de éstos cuerpos produce el humo.

REFRANES ANTIGUOS

Un secreto entre dos, es de Dios; entre tres, es y no es; y entre cuatro, se lo lleva el diablo.

La pereza lo hace todo inútil.

Trabaja hoy y pensando en mañana.

Oye al que honestamente reprueba algunos de tus actos, y huye del que los aprueba todos.

T. B. O.
SEMANARIO INFANTIL

Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados.
Historietas — Cuentos — Chascarrillos.

Precio: 0'10 pesetas.

Véndese en Mahón en la Librería de Manuel
Sintes Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(15)

mo un perro rabioso, para matarla y maldecirla y odiarla!

Aun la quiero... Estos furios que me roen las entrañas cuando pienso en la indignidad de su proceder, son la más clara señal de que aun la quiero. Cuando pienso en ella, aun se estremecen el alma y la materia, pero en mis ratos de meditación me parece llegar al convencimiento de que no la he amado con el corazón... Si éste se hubiese interesado, su traición me haría llorar desconsoladamente, pero no me inspiraría estos odios celosos y brutales de bestia ciega. No sería el amor propio desgarrado el que irritase a la fiera de ira que duerme en el espíritu de todo hombre produciéndome estas rabias que me llevarían a cometer los mayores excesos... Mirando a mi madre y a Alfonso,

comprendo que mi amor es una pasión innoble que no tiene el alcance espiritual intenso que debe tener el verdadero amor «alma del mundo» tan inspiradamente cantado por los poetas. Porque el amor de ellos, es un amor lleno de delicadezas y suavidades y, después de ocho años de matrimonio, es aún tímido y casto, con un perfume de pureza que embriaga. Sea como sea, amor o deseo, o como quieras llamarle, aún siento algo por esa mala hembra.

Dime... ¿me ha reemplazado ya por otro? Tengo su retrato dentro de un cajón de mi escritorio y pasó muchas horas contemplándolo.

La figura airosa, el busto gallardo, la suprema elegancia, la sonrisa incitante de aquellos labios tan bellos... los labios que supieron besar enamorado para decir después la frase que ha dado al traste con el amor que yo creí debió durar toda una vida... ¿Qué imbécil, verdad...? ¿Me dan horror los físicos!...

Con sus ardores malsanos ha hecho de mí, enamorado y necio, una completa inutilidad, un triste deshecho fisiológico... ¿Qué mujer honraja me

querrá enfermo y triste? Si no llegase a curarme, lo cual pudiera suceder muy bien, ¿qué haré de mi vida que ella ha destrozado implacablemente? Contará al menos con su cariño!

Pero, después de todo, ¿para qué?... Buscó en mí al hombre fuerte y sano, capaz de satisfacer sus liviandades. No quiere al enfermo que le debe su ruina. Para ese infeliz sólo queda en el mundo una mujer, la madre. ¡Dios la bendiga! ¡Dios me la guarde!

En el jardín, al sol, cobijado por las alas enormes de un pino frondosísimo, oyendo trinar a los pardillos y cantar al cucú su eterno estribillo, paso el día acompañado de mi madre y de Alfonso que me entretiene, como un ayo paciente, con su parla fácil y fluida de hombre instruido que ha viajado y ha leído bastante.

Me oreo como una manta de Palencia puesta al sol, me sature de luz y de calor, de verdura y de paz.

Mañana se va Róspide llamado urgentemente por uno de sus ingenieros. Gracias que el doctor me promete su compañía, no me veré tan solo.

Te envío un saludo muy expresivo de mi madre y de Róspide, todos los

respetos de Blondín, que no acaba de acostumbrarse a esta soledad, y un abrazo fuerte, largo y fraternal de tu amigo,

Fernando.

DE LA SEÑORA A LA SEÑORITA DE RÓSPIDE

Fenollar, Noviembre 12...

Queridísima Gloria: Tienes razón. La tristeza del mes de los muertos me invade, y siento que me envuelve con sus brazos helados en un abrazo frío, fuerte y largo como de eternidad. Un abrazo que oprime y angustia.

Las hojas caen y el huracán rugiente las arrastra entre torbellinos de polvo y de basura cerro abajo, para amontonarlas al pie de algún malécón de las huertas que allá, muy hondo, sufren en silencio la paliza espantosa de la loca ventolera otoñal. El jardín está sin una flor, ¡Pobres rosales desnudos, cadavéricamente maltrechos y tronchados!

Allá, en la playa, las olas chillan, rugen, entonan sinfonías extrañas, mitológicas, que suben hasta nosotros entre el silbar horrísono del viento al

rozar la mole granitosa de nuestro viejo castillo y ni una sola vela rompe la monotonía del inmenso charco gris. Los pescadores se cobijan espantados en sus miserables casuchas sin atreverse a salir al mar en busca del pan de sus hijos...

¡Dios mío!... ¿qué comerán esos pobrecitos durante estos días crueles? Cuando tu vengas reanudaremos nuestras visitas de caridad y abarrotaremos sus despensas para que así, miren llegar el invierno sin temor. Preguntan por ti siempre que ven a alguien del castillo.

La pobre Felicianita murió al fin y tuve la satisfacción de convencerla para que le administrasen los Sacramentos. Fué un cuadro hermoso y triste. Los seis niños lloraban desconsolados sin acabar de comprender toda la magnitud de su desventura. El marido estaba como tonto.

Me alegré de que no te encontrases aquí, porque estoy cierta de que hubieras sufrido mucho. Eres muy joven y estos cuadros ni aun a mis años se pueden ver sin estremeerse. Ahora se ha encargado del cuidado de los pequeños una hermana de Felicianita.